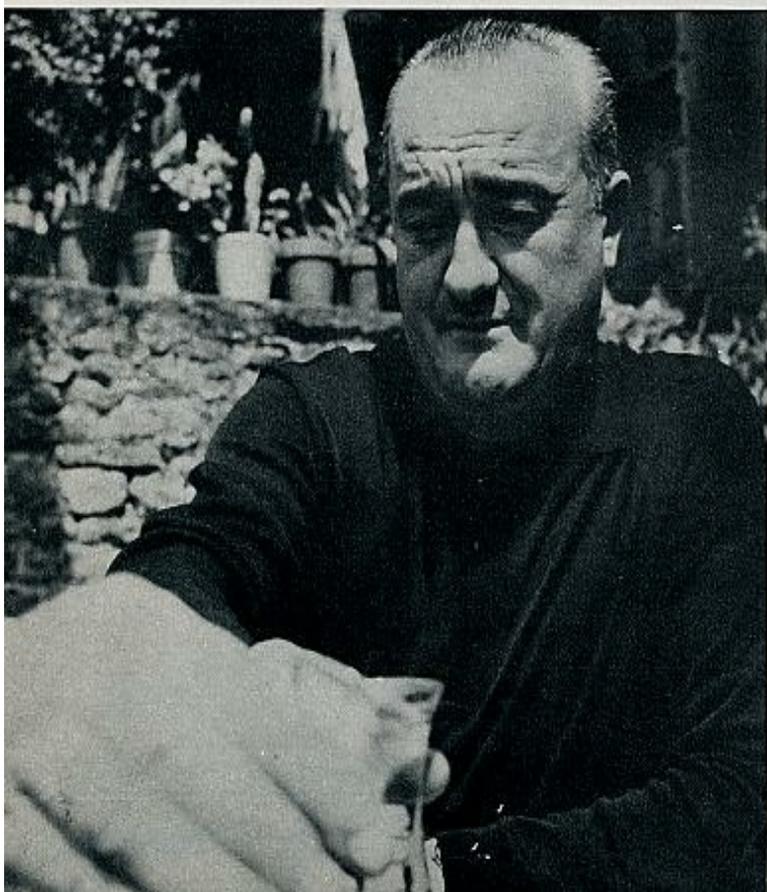
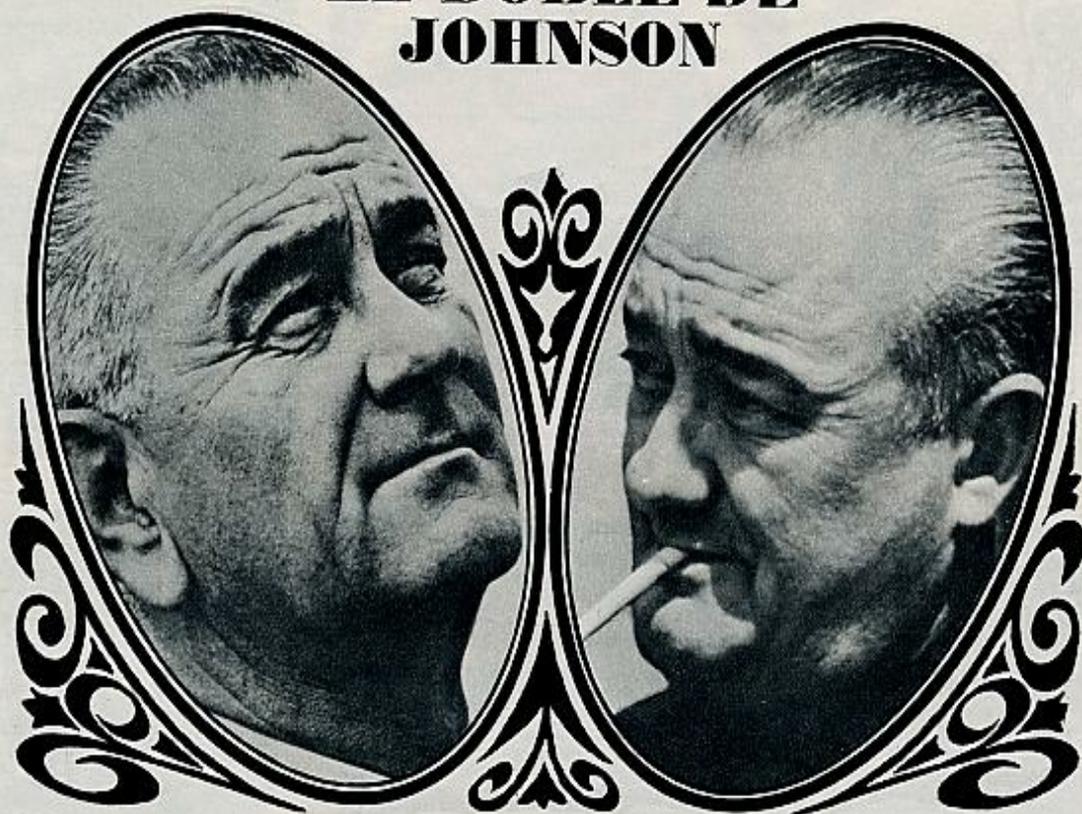




Albert Henri Marboutie, un marseillés que dirige en Meyssac, en la región de Limoges, un pequeño pero próspero hotel, ha perdido la paz. Se lo debe al presidente Lyndon B. Johnson, del cual ha resultado sosla. Las gentes van a verlo, los coches turísticos se detienen ante su establecimiento, para saludarlo. Ahora es «el presidente».



## EL DOBLE DE JOHNSON



# UN HOTELERO QUE PERDIO LA PAZ

**C**UANDO le preguntan por la guerra de Vietnam, responde con voz grave: «no comment» y parece realmente Johnson poniendo fin a una rueda de prensa. Tiene las mismas entradas, el mismo entrecejo, idénticos los frunces de la sien. Observándolo atentamente se puede advertir que el lóbulo de la oreja no le cuelga tanto como al presidente y que su solabarba es más espesa. Necesitaría sin duda unos cuantos disgustos, como la preocupación por las escaladas o el déficit de la balanza de pagos, para adelgazar levemente y conseguir ese aspecto del Johnson abrumado.

Porque a Albert Henri Marboutie, el marsellés que más se parece en el mundo al hombre de la Casa Blanca, le van bien las cosas. Dirige en Meyssac, un simpático pueblo de Correze, en la región de Limoges, un hotel próspero del que es propietario: el «Hotel des voyageurs»; cada día se detienen más coches para estrechar la mano del «Presidente» y, ya de paso, comer. Cualquiera día, Marboutie cambiará el nombre de su hotel por el de «Monsieur le Président». La gente

del pueblo le saluda muy seriamente: «Good morning President» y él se esponja y procura imitar el andar y los gestos de Johnson, que ha estudiado cuidadosamente en films en la televisión y en los reportajes de los semanarios ilustrados. Viste como Johnson y se ha comprado un equipo completo de tejana, pero le traiciona su acento-marsellés. Los conocidos le dirigen la correspondencia con esta dirección: «Le Président. Meyssac. Correze».

Marboutie es un negociante y ha pensado en sacar partido a su extraordinario parecido. De hecho, su clientela ha aumentado considerablemente. Está seguro que, de hacerse un film sobre la vida de Johnson, lo elegirían a él y no va descaminado. Darryl Zanuck, el productor americano, un lince para la publicidad, le ha escrito ya en este sentido, aunque sin concretar nada. Pero el hotelero no está contento con eso. Ha estudiado rama a rama todo su árbol genealógico por si le uniera algún vínculo sanguíneo al presidente americano. En vano. Entonces, ha decidido estrechar lazos amistosos con su sosia. No ha recibido ninguna respuesta a su carta en la

que pedía a Johnson un encuentro, y le invitaba a su hotel de Meyssac, pero en cambio la embajada americana en París se ha puesto en contacto con él y le ha hecho saber que el presidente estaría «entusiasmado de poder verle en la Casa Blanca».

Quienes le conocen aseguran que el hotelero no parece tan campechano como antes; da la impresión de que ahora le rondan extrañas preocupaciones y es que el pacífico negociante va posesionándose, poco a poco, de la psicología del tejana que maneja los hilos del Pentágono y que duerme a la vera del teléfono rojo. En la terraza del hotel, en torno a la mesa en que se sienta al atardecer Marboutie, se habla ahora de las próximas elecciones y sistemáticamente se descartan las posibilidades que tienen McCarthy, Romney, Rockefeller... Johnson será de nuevo elegido. Marboutie no se resigna a que puedan llamarle dentro de un año, ex presidente. Alguien ha echado sobre la mesa un periódico, abierto por un reportaje sobre Vietnam, y Marboutie se ha removido intranquilo en la silla. El hotelero ha perdido la paz.

Fotos de ALAIN AYACHE